



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9430

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 8 DE ABRIL DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS.

Domicilio social: MADRID, CALLE DE CLOZAGA, n.º 1 (Pasad. de Beceletes.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación la suma de pesetas 43.304.676,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sras. Viuda de Soro y C.ª, Plaza de los Caballos, 15.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera, Dójaras, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid. Taponadores.—Injertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herbarial completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor. Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Torn llaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Burrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, baldastres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Meyólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PARAJE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

LITERATURA EXTRANJERA.

EL SUEÑO DE LA NOVICIA.

Eran las cinco de una tarde del mes de Noviembre cuando Gertrudis acompañada de su tía y de su primo, entró en el ancho portal del monasterio de Sta. Clara, situado á espaldas de una colina y casi oculto por una doble hilera de castaños. Tarde descomulgada y fría. El cielo entoldado de nubes que corrían hacia el Norte empujadas por fuerte viento, tenía un aspecto de indefinible tristeza. De vez en cuando, una nube más densa que las otras oscurecía el firmamento y una lluvia menudita caía entonces oblicuamente.

traba allí por los intersticios de dos grandes rejás que daban al claustro.

En el fondo de aquella sombría estancia, sobre un altar y en medio de dos grandes jarrones con flores y palmas artificiales, veíase la imagen de un Cristo de metal amarillo, un cristo clavado en la cruz con el pecho desnudo sobre el cual chocaba la luz de una lamparilla de cristal encarnado que pendía del dosel, luz que tomando el color del vaso en que lucía, estampaba una mancha roja semejante á una llaga viva, sobre las descarnadas costillas de la escultura.

La priora con aire de protección y de ternura, enlazó su brazo al tallo de Gertrudis y la empujó suavemente hacia el sitio en que se hallaba la madre abadesa diciendo á media voz.

—Bésele la mano á nuestra superiora.

Gertrudis acercó sus frescos y sonrosados labios á la mano arrugada y trémula de la viejecita y después, en una postura humilde, recibió de ésta el abrazo de bienvenida, abrazo que también le dieron las que habian de ser desde aquel instante sus hermanas en Jesucristo.

Daba al campo la estrecha celosía de la celda de Gertrudis y desde ella veíase á lo lejos, recortando el límpido azul del cielo, las cenicientas y escarpadas cumbres de la sierra.

Más, abajo destacábase la línea blanca de la carretera que descendía hasta el valle describiendo curvas. Era á principios de Abril y la naturaleza estaba ya vestida con sus galas primaverales.

Al mediodía, subía la diligencia por la falda del cerro levantando espesas nubes de polvo. Por la mañana y tarde, distinguíase alguno que otro arriero que bajaba á la ciudad seguido de una reata de bestias.

A favor del silencio de la madrugada, oía Gertrudis clara y distintamente el chirrido de las carretas arrastradas por pacíficos bueyes, el monótono repiqueteo de las campanillas del coche posta y el estallido del látigo manejado por el mayoral.

Un día del mes de junio, á la salida del refectorio, cuando casi todas las monjas se dirigían á sus celdas para dormir la siesta, Gertrudis encaminóse al jardín.

Era la una y hacía un calor sofocante.

Entre el ramaje verde claro de las manzanas, cantaba la cigarra.

En derredor del oscuro follaje de las naranjas, agitábase una trasparente nube de diminutos insectos.

Gertrudis andaba con lentitud, lánguidamente, con el cuerpo pegado á la tapia del jardín, para librarse de los rayos del sol.

Á lo último del paseo, adosado al tronco de una magnolia, que proyectaba su sombra sobre un regular espacio, había un pequeño banco de piedra, sobre el cual se dejó caer la novicia.

Sacó del bolso de su delantal un libro religioso, y procuró embeber-

se en la lectura, ahuyentando así las mundanas ideas que revoloteaban en su espíritu.

Pronto, muy pronto, tuvo que interrumpir su tarea intelectual: en lo más alto de una rama que se movía levemente á impulsos de la brisa, cantaba un pajarito inclinando la cabeza y moviendo continuamente las alas.

Gertrudis subiendo en el banco y empujándose en la punta de los pies, escudriñó con su mirada las hojas, y vió un nido, un nido pequeño del cual salían dos cabezitas cubiertas de pelusa que abrían los picos para recibir con ansia el alimento que la madre les suministraba, en tanto que el padre un poco más arriba demostraba su regocijo, piando y balanceándose en la rama.

Gertrudis quedó inmóvil subyugada por aquel idilio de amor maternal...

Para no interrumpirlo, contuvo durante algunos momentos la respiración.

Y aquella noche, cuando el sueño cerró los párpados de la novicia, tuvo ésta una visión hermosa...

Primeramente se vió trasportada al jardín conventual.

Hallábase de pie sobre el banco adosado al tronco de la magnolia y en la misma actitud de delicioso éxtasis en que quedó al descubrir el nido.

Luego vió que éste se agrandaba y se convirtió en cuna, y que los dos pajaritos de cabeza cubierta de pelusa se transformaban en dos preciosos niños de rostro sonrosado.

Entonces experimentó ella un placer inefable, el placer que deben experimentar todas las madres buenas, cuando están al lado de sus hijos, y les proporcionan el necesario sustento.

Y, por último, el pájaro que piba en la rama más alta del árbol, perdió su forma,—como la pierden las figuras en los cuadros disolventes,—y su pequeñita cabeza de ave, fue reemplazada por una cabeza de hombre con ojos negros y expresivos y boca sonriente, adornada en su parte superior, por sedoso bigote.

Y á través de una trasparente nube de color de rosa que flotaba ante sus ojos, reconoció Gertrudis en aquella cara las varoniles y simpáticas facciones de su primo...

ALBERTO BRAGA.

6 de abril del 93.

(Prohibida la reproducción.)

COLABORACION INEDITA.

BAJO TIERRA

El suelo español, oculta, á no dudar, grandes y preciados tesoros en el sentido usual y en el metafórico de la palabra.

La esteva del agricultor arranca al terruño hermosas espigas y frutos sazonados; el pico del arqueólogo descubre bajo un terreno, al parecer estéril, un sepulcro romano ó un juego de ánforas griegas en perfecto estado de conservación.

Los españoles no somos topos, aunque otra cosa digan las ilustradas naciones extranjeras; pero si conociéramos nuestros intereses, imitaríamos la conducta de ese animal agujereador.

Nuestra tierra da para todo, según demuestran los importantes descubrimientos que á dos por tres se realizan, lo mismo en el campo que en la ciudad, ya al perforar un pozo, ya al derribar una pared maestra.

Los albañiles ya lo saben. Antes de meter la picoleta en los ladrillos, golpean con el mango para ver si suena á hueco—por alguna parte y si esto sucede, ya saben que aquella milagrosa hoquedad encierra media docena de ollas con estofado de monedas celtiberas.

En la vida social pasa lo mismo.

Se encuentra usted un personaje de esos conspicuos ó como les llamen, que ha llegado á ser archipámpano vitalicio.

Se le toca en la cabeza y suena á hueco.

Pues con seguridad que por aquel vacío descubre usted dos ó tres millones de renta.

La Academia de la Historia y el Museo Arqueológico, reciben á cada paso donativos preciosos ó noticias de estrepitosos hallazgos. Cerca de Castrojeriz,—leemos en el Boletín de la Academia,—ha debido existir en sus buenos tiempos un circo romano. Así, al menos lo indica una carta de nuestro académico correspondiente, participándonos el hallazgo de un trampolín y cuatro barras fijas marcadas con el gusto de César.

Otras veces son armas de guerra que vienen á confirmar la existencia de un gran combate puesto en duda hasta las últimas exhumaciones; otro rato tropezamos, en una bocamina, con unas tijeras de esquilador; prueba palmaria de que los primitivos celtas se dedicaron al pastoreo y no á la caza como opinaban los sabios hace dos meses.

Poco tiempo hace (y digo poco porque qué son dos años para el cómputo de las edades arqueológicas?) tropezó un horticultor con dos sacos de calderilla gótica.

El sello de las monedas, su lema, y el busto en ellas grabado hacía sospechar la existencia de un monarca godo hasta ahora desconocido por los historiadores.

Se miraron las monedas, se sonaron en el mostrador de la numismática; quisimos reducirlas á plata ó á papel pero nada no pudo averiguarse si se trataba de un hijo de Tulga ó de un hermano carnal de Amalarico.

Por los rasgos de la fisonomía, no cabía dudar de que era godo, pero el tiempo pasó y los sabios se olvidaron del nuevo rey, tratándole como á otro cualquiera niño gótico.

Son muchas entrañas las entrañas de la tierra española.

Si por casualidad descubrimos un mascarón de proa en un huerto de las inmediaciones de Alcañiz, crearemos como artículo de fe que en la provincia de Teruel se dió la más famosa batalla naval que han presenciado los siglos; y si una vacía de barbero es encontrada cerca de Albacete, ya no podemos dudar de la historia del yelmo de Mambrino ni de las aventuras de D. Quijote en la Mancha tal como la refirió Cervantes.

Á no ser por la pacienzuda labor de muchos anticuarios que recorren ciudades y aldeas, muchas joyas históricas irían á parar al Rastro ó se pudrirían en los desvanes, víctimas del cardenillo y de la incuria humana.

Ustedes no saben donde guisan, dice el anticuario en una cocina del pueblo.

—¿Cómo que no? Ahí están las cazuelas.

—Bueno, pero aquel puchero no es lo que ustedes se figuran.

—¿Que nó? exclama la fregatriz mirando con énfasis la vasija.

—No señora—¿de donde la han sacado ustedes?

—Pues mire usted, lo encontraron los